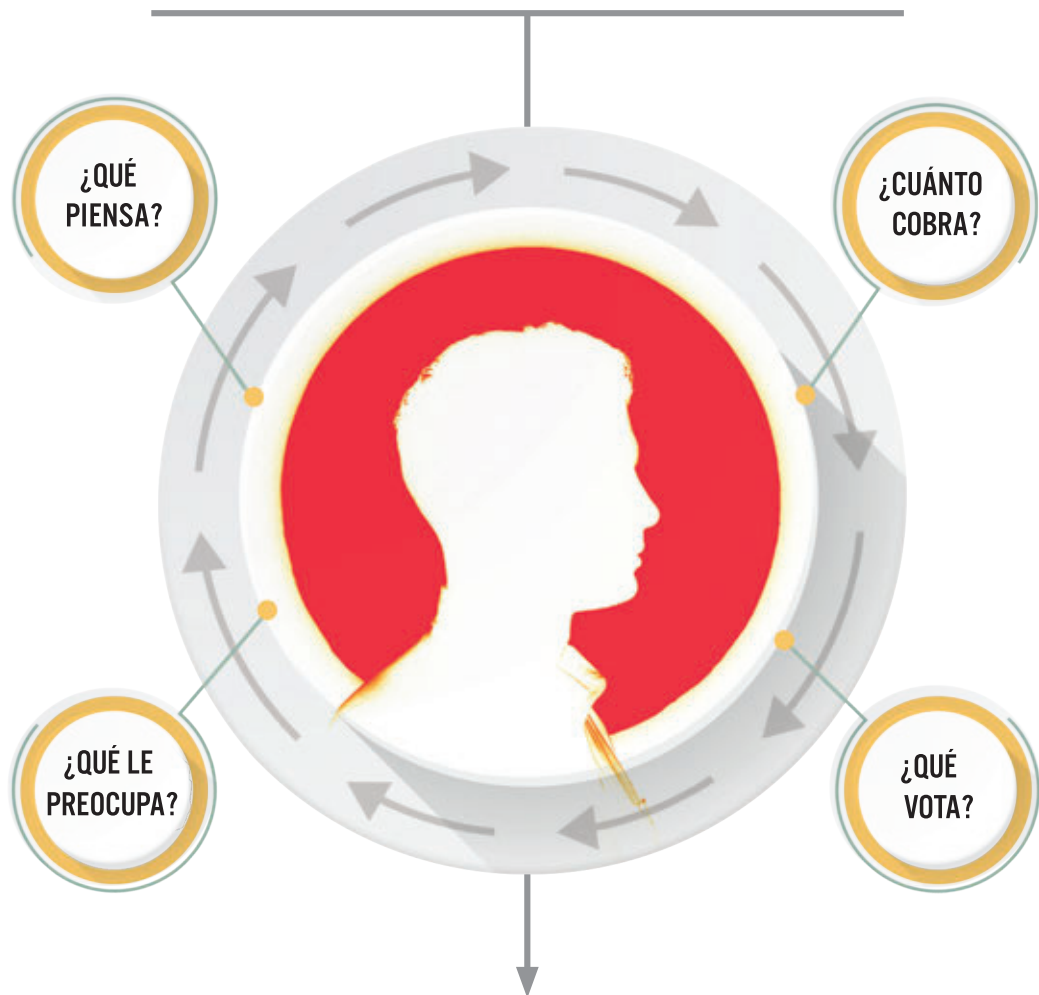


IGNACIO URQUIZU

¿CÓMO SOMOS?

UN RETRATO ROBOT DE LA GENTE CORRIENTE



UN ANÁLISIS SOCIOLOGICO IMPRESCINDIBLE
PARA COMPRENDER LA ESPAÑA ACTUAL
Y LA ESPAÑA FUTURA

DEUSTO

¿Cómo somos?

Un retrato robot de la gente corriente

IGNACIO URQUIZU



EDICIONES DEUSTO

© Ignacio Urquizu Sancho, 2019

© Editorial Planeta, S.A., 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAPP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3038-3

Depósito legal: B. 6.587-2019

Primera edición: abril de 2019

Preimpresión: pleka sep

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702.19.70 / 93.272.04.47.

Sumario

Introducción	13
¿Quién es el hombre medio?	23
La posición determinante del hombre medio.	28
Radiografía del ciudadano medio en España	32
El estado de ánimo del hombre medio	40
La visión negativa del hombre medio	43
Conclusiones	47
El hombre medio ante la incertidumbre: el cambio tecnológico y la globalización	49
El hombre medio ante el cambio tecnológico.	60
El hombre medio y la globalización.	66
Conclusiones.	80
El hombre medio y la democracia	83
Interés por la política y la formación de la opinión..	92
El voto y el hombre medio	98
Conclusiones.	112

El hombre medio y la socialdemocracia	117
La identificación progresista del hombre medio	130
El hombre medio ante la ola conservadora	142
Conclusiones.	152
Conclusiones.	155
Anexo metodológico	163
Bibliografía.	167

¿Quién es el hombre medio?

Como concluía en la introducción, es muy común en muchos discursos políticos apelar a la gente normal: «a los que se levantan a las seis de la mañana», a los que «suben una persiana todos los días» o «a los que llegan justos a fin de mes». Todos ellos son ejemplos que utilizan los representantes políticos para mostrar su cercanía y empatía con la gente corriente, con el hombre medio. Utilizan ejemplos de la vida cotidiana de muchas personas que son bastante representativas de la gente común, pero que no llenan titulares ni son objeto de estudios detallados. De hecho, cuando escuchamos algunas de estas referencias, rápidamente nos viene a la cabeza un familiar, un amigo o un vecino que realiza diariamente este tipo de actividades.

Pero lo cierto es que desde un punto de vista analítico no es tan sencillo definir a ese hombre medio, más bien todo lo contrario. Y si además lo queremos hacer con una

cierta rigurosidad, nos llevará unas páginas saber algo más de la gente corriente. Ésa es la tarea que voy a emprender en las siguientes páginas de este capítulo: definir quién es el «hombre medio» en España.

Comencemos por la misma idea de «medio». Ésta tiene varias acepciones semánticas que pueden ser presentadas con diferentes estadísticas.¹ Es decir, no hay una única definición de lo que entendemos por hombre medio. Además, puesto que necesitamos llenarlo de atributos, cuando comencemos a medir éstos, veremos que hay diferentes estadísticos que responden a cada una de las posibles definiciones de «gente corriente».

En primer lugar, el «medio» se puede definir como el punto equidistante de dos extremos. Es decir, si cogemos el conjunto de la población de un país, sería aquella persona que ocuparía una posición intermedia en algunos parámetros. Estadísticamente, esto sería la mediana.

En segundo lugar, también podemos entender por «medio» a «los caracteres o condiciones más generales de un grupo social, pueblo, época [...]» (*Diccionario de la Real Academia Española*). De nuevo, si volvemos a la estadística, el valor que resumiría esta definición es la moda. Es decir, serían los rasgos o parámetros más extendidos en una población.

En tercer lugar, el hombre medio también podría ser

1. Para la concepción de este libro, ésta no es una cuestión baladí. Aunque el lector está ante un ensayo, muchas de las afirmaciones que aquí va a encontrar tendrán su respaldo empírico. Por ello, para poder partir de un punto que nos permita saber de qué estamos hablando en cada momento, debemos dejar claramente definida la idea de «hombre medio», tanto desde la semántica como desde la estadística.

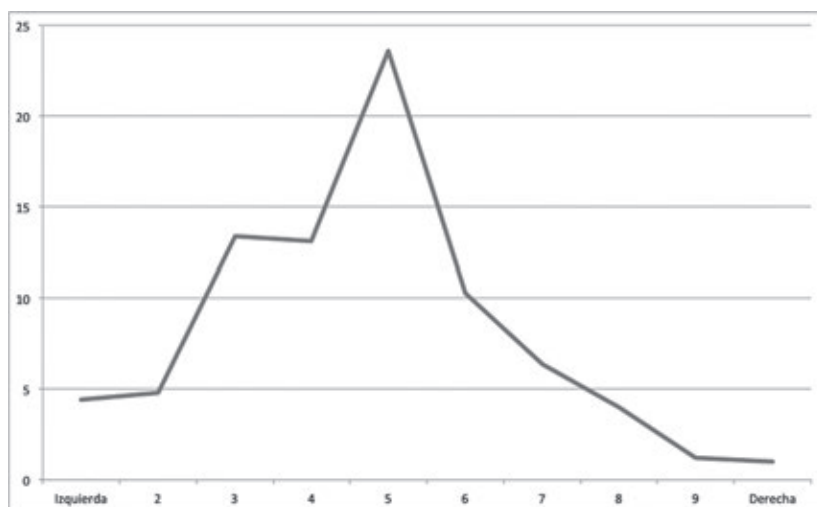
el sujeto promedio del conjunto de características de una sociedad. En estadística, esto se llama justamente la media.

Así, podemos ver que al concepto semántico de hombre medio se pueden asignar distintas definiciones estadísticas. No obstante, si la sociedad que queremos estudiar no posee valores muy extremos, la distribución se aproxima a la forma normal y es simétrica: en esta distribución, la media, la moda y la mediana coinciden. Es decir, el sujeto que entendemos por hombre medio no sólo será la persona más común en la sociedad, sino que además estará en el punto medio de la población y resumirá perfectamente el conjunto de características de esa sociedad. Esto es lo que suele ocurrir con muchos de los parámetros sociológicos que utilizaremos en las próximas páginas para definir al hombre medio. Por lo tanto, *a priori*, vamos a partir de la siguiente definición de «gente corriente»: será aquel grupo de personas que son las más frecuentes o extendidas en una población, cuyos rasgos resumen perfectamente el conjunto de características de una sociedad y que se encuentran en el punto medio.

Vayamos a un ejemplo que puede clarificar esta definición. En España, la distribución ideológica de la sociedad responde a la forma que observamos en el gráfico 1, donde 1 es extrema izquierda y 10, extrema derecha. Vemos que se trata de una distribución normal ligeramente escorada a la izquierda. Observando estos datos, constatamos que el punto medio (mediana) es el 5, que el valor más frecuente (la moda) es el 5 y el promedio se sitúa en el 4,7. Es decir, el 5, que podríamos identificar con el centro, sería el hombre medio desde un punto de

vista ideológico: es donde se sitúan la mayoría de los españoles, el valor que mejor resume la ubicación ideológica de nuestra sociedad y el punto intermedio entre los extremos. En definitiva, el hombre medio en España es de centro, aunque ligeramente escorado a la izquierda.

Gráfico 1 **Distribución ideológica de la sociedad española**



FUENTE: Centro de Investigaciones Sociológicas, estudio 3223, septiembre de 2018.

No obstante, debemos realizar algunas consideraciones con el fin de matizar esta idea de hombre medio. En primer lugar, cada momento histórico ha tenido su propio hombre medio y la definición que aquí utilizamos tiene en ocasiones sus dificultades. Vayamos de nuevo a un ejemplo. En la Alemania de la década de 1930, el extremismo era muy común entre la mayoría de los alemanes. Por lo tanto, el hombre medio no siempre ha sido la persona moderada o ponderada ideológicamente que ocupaba una posición central en la sociedad, sino que ha habido momentos

históricos en los que lo más extendido en una población ha sido el extremismo. En estas circunstancias, usando la terminología estadística, el hombre medio se aproximaba más a la moda que a la media o la mediana. Por ello, en muchas ocasiones, analistas o creadores de opinión se han referido al hombre medio por el término que acuñó Ortega y Gasset: el «hombre de la masa» (Ellul, 1965: 27).

Una segunda consideración a esta definición de hombre medio es que a lo largo del texto, aunque hablemos de la opinión de la gente corriente, no se puede sostener que haya una opinión de la sociedad, a pesar de que haya una opinión media. Generalmente, hay opiniones en plural, muy variadas y diversas (Ellul, 1965: 29), incluso contradictorias entre sí. Por ello, cuando a veces se utiliza la siguiente expresión coloquial: «la gente de la calle piensa...», debemos tener en cuenta qué es lo que puede pensar la mayoría, pero no todo el mundo. Es decir, puede ser una opinión muy extendida justamente porque reúne una o varias características de las que hemos asumido como media. Ello ha llevado a algunos académicos a negar la existencia de ese hombre medio: «Cualquiera que sea el lado por el que tomemos el problema, cualquiera que sea el método de aproximación, no encontramos jamás en lo concreto ese hombre medio. La tendencia fuertemente individualizante de la sociología moderna es firme; el hombre medio del que se habla no existe en la realidad» (Ellul, 1965: 32).

Esta última afirmación necesita ser matizada. Como veremos en este libro, el hombre medio no sólo existe, sino que en algunos momentos de nuestra historia ha sido determinante. En la medida en que cualquier ma-

yoría social va a pasar casi siempre por él (teoría del votante mediano, por ejemplo), va a ser influyente en la configuración de decisiones. Eso no significa que siempre sea representativo de las opiniones de la sociedad o que su opinión sea la única. Es cierto que las sociedades son plurales. Pero lo que nos interesa en este texto es que la gente corriente, de la que se habla en muy pocas ocasiones, tiene un papel vertebrador en muchos momentos históricos, ya sea porque determina mayorías o porque su opinión es la más extendida. Pero no nos precipitemos y vayamos por partes.

La posición determinante del hombre medio

Hay varias razones que justifican dedicar un libro a lo que venimos denominando el hombre medio. La primera de ellas aparece en la introducción. En los últimos años, se ha invertido una gran cantidad de esfuerzos en analizar diferentes grupos sociales, otorgándoles un gran protagonismo. Así, por ejemplo, en todas las movilizaciones que se produjeron entre 2011 y 2016, se ha señalado la relevancia de las generaciones más jóvenes. Sus reivindicaciones, sus anhelos o sus problemas han sido objeto de estudio de numerosos textos. Baste como ejemplo uno de los mejores libros más recientes: *El muro invisible*, del colectivo Politikon. Los jóvenes, como categoría de estudio, han tenido un gran protagonismo. También han sido de una gran relevancia las reflexiones sobre nuestras élites o el *establishment*, especialmente cuando se popularizó el término *casta*. Cualquier texto que se encuentre

en la órbita de Podemos es un excelente ejemplo de lo que estoy hablando. Para esta interpretación de nuestra realidad, han sido las élites las que han condicionado nuestro país desde la Transición. Por ello, algunos científicos sociales han invertido un gran esfuerzo en estudiarlas. El mundo digital y la nueva sociedad que está por venir también han centrado la atención de numerosos académicos y analistas. Uno de los mejores textos escritos sobre ello es el de Belén Barreiro: *La sociedad que seremos*.

En los últimos tiempos, con la victoria de Trump, una nueva categoría social está acaparando la atención de muchos opinadores, especialmente estadounidenses: los *rednecks* o *hillbilly* (Goad, 2017; Vance, 2018; Hochschild, 2018). Se ubican geográficamente en el sur y en las zonas rurales de Estados Unidos. Por ejemplo, en los condados de Kentucky, Ohio e Indiana, donde hubo un fuerte peso industrial pero hoy en día están en declive, se inspira la historia del *hillbilly* más famoso de los últimos tiempos: J. D. Vance. En muchas de estas zonas, el Partido Demócrata tuvo un fuerte arraigo y una base social muy importante, pero con el paso del tiempo han ido moviéndose hacia posiciones conservadoras como resultado de su falta de expectativas y la constatación de que el sueño americano sólo es para algunos. En muchos de estos retratos sociales se utilizan calificativos gruesos, rozando el desprecio como, por ejemplo, el término «basura blanca». En el fondo, se quiere reflejar que estamos ante la parte más baja de la sociedad, rozando la marginalidad.

Seguramente, en las próximas páginas, cuando analicemos a nuestro hombre medio, observaremos ciertos

paralelismos con el *hillbilly* estadounidense. No obstante, sí que me gustaría dejar claro desde el inicio que no estamos hablando de la misma categoría de persona. Los *rednecks* estadounidenses ya han perdido casi todo. En las historias de Hochschild (2018) o Vance (2018) aparecen como personas desempleadas, que luchan por sus viviendas y en algunos casos rozan la marginalidad. Esto está muy lejos de la categoría de «hombre medio» en España. Aunque en ambos casos puedan ser perdedores de la globalización y del cambio tecnológico, no estamos ante el mismo tipo de personas, tal y como veremos más adelante. La gran diferencia es que los *hillbilly* ya han perdido casi todo y el hombre medio español teme lo que puede perder en el futuro. Unos rechazan el presente, a los otros les asusta el futuro.

En definitiva, son muchos los analistas y académicos que han centrado su atención en aspectos muy determinados de nuestra sociedad. No obstante, en todas estas reflexiones, siempre he echado de menos a la gente «normal». Es decir, a aquellos que son difíciles de ubicar en alguna categoría «especial» porque son tan frecuentes, tan corrientes, que no nos detenemos en ellos. Su único punto de diferencia es que la mayoría de la ciudadanía es como ellos, algo que no es poco. Pero, en ocasiones, formar parte de la mayoría, compartir espacio con lo más frecuente, no nos hace «especiales» y, por lo tanto, objeto de estudio de los analistas o académicos.

La segunda razón para dedicar un libro a este hombre medio es su determinación en los cambios políticos. Es decir, en realidad, es un grupo social mucho más relevante de lo que en ocasiones se enfatiza a la hora de

explicar las transformaciones de una sociedad. Por un lado, en la medida en que es el grupo más numeroso, las posiciones mayoritarias en una decisión suelen pasar por él. Así, aunque los cambios puedan liderarlos una minoría, sin el concurso de la mayoría, la transformación será siempre muy difícil. Cambiar una norma o realizar políticas en contra de la mayoría es muy probable que acarree una penalización electoral en democracia. Si un gobierno democrático actúa en contra de las posiciones mayoritarias, lo más probable es que pierda amplios apoyos. En las mayorías sociales solemos encontrar a los grupos más comunes y más frecuentes de la sociedad. Es casi una cuestión de aritmética.

De hecho, hay literatura académica que de forma mucho más formal avala este último argumento. Una de las teorías más extendidas en el comportamiento electoral es el teorema del votante mediano. La idea principal es que, en una decisión que se base en la regla de la mayoría, la posición más privilegiada y clave la posee el ciudadano mediano, puesto que ésta será la posición adoptada. Es una teoría muy extendida en la ciencia política que permite entender la competición electoral por el centro político. En ocasiones, muchos analistas se preguntan por qué los partidos compiten por el espacio central de la sociedad. Básicamente, lo que nos dice la literatura académica es que en distribuciones normales,² si adoptamos la regla de la mayoría, los partidos tenderán a competir por el centro puesto que esto les permitirá construir la

2. Por distribución normal entendemos una distribución unimodal donde la mayor parte de la población se sitúa en posiciones centrales.

mayoría social. En la medida en que consigan sumar a sus posiciones a toda la ciudadanía que se sitúe entre la mediana y uno de los dos extremos, alcanzarán la mitad más uno de la población. En ese centro convergerá la mediana, la media y la moda, tal y como se ha señalado anteriormente. Esta teoría, por lo tanto, sitúa en un lugar privilegiado al «ciudadano medio», puesto que aparece como determinante a la hora de construir una mayoría y adoptar decisiones políticas.

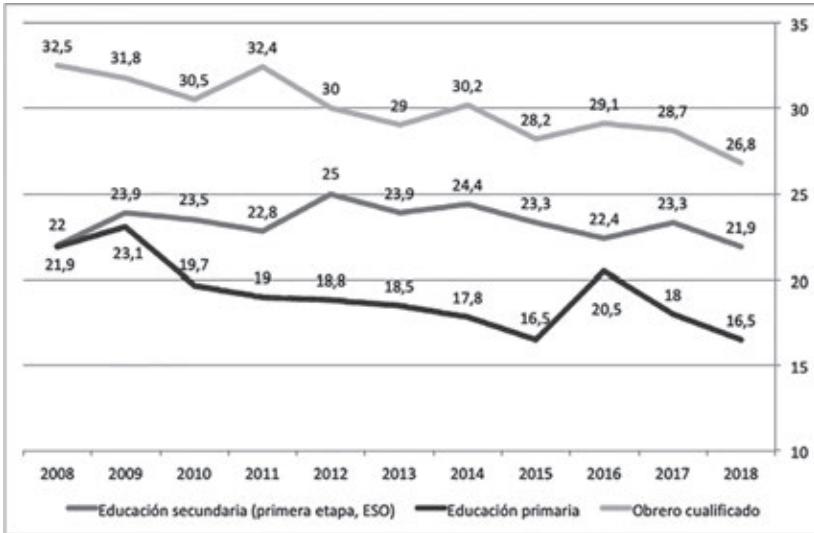
Radiografía del ciudadano medio en España

Aunque en algunas ocasiones en el libro hablaremos de otros países, gran parte del texto se va a centrar en el caso español. Pero antes de reflejar cuán determinante está siendo este ciudadano, es necesario realizar una radiografía de la gente corriente. Quiénes son o por qué se caracterizan son algunas de las cuestiones que resolveremos en las siguientes líneas.

Los primeros rasgos que hay que analizar son el nivel educativo y el estatus social más extendidos en la sociedad española. Ambas características aparecen en el gráfico 2. Podemos ver que, en primer lugar, el estatus más extendido, como percepción subjetiva, es el de obrero cualificado.³ En 2008, un tercio de los españoles así se

3. Según el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), aquí se incluyen a los trabajadores cualificados, artesanos y capataces, así como a los operadores y trabajadores semicualificados. Principalmente, son obreros de la construcción, la industria y una parte del sector servicios, especialmente en el ámbito de la restauración.

Gráfico 2 **Niveles educativos y estatus más extendidos en España**



FUENTE: Barómetros de enero del Centro de Investigaciones Sociológicas entre 2008 y 2018.

definían. Esta cifra estaba más de 10 puntos por encima del siguiente estatus en importancia: la nueva clase media.⁴ De hecho, en enero de 2008, las categorías de obrero cualificado y obrero no cualificado sumaban el 44 por ciento de la sociedad.⁵ Con el paso de la crisis y diez años después del comienzo de ésta, la opción mayoritaria de estatus ha seguido siendo la de obrero cualificado, aunque ha caído casi 6 puntos en ésta década. Además, las categorías de obrero cualificado y no cualificado⁶ siguen

4. En la nueva clase media encontraríamos a los administrativos y el sector servicios. De hecho, en 2018, más del 85 por ciento de estas personas se sitúan en el sector servicios.

5. Fuente: Barómetro de enero de 2008 del CIS, estudio 2749.

6. Los obreros no cualificados son los peones, otros trabajadores no cualificados y del sector agrícola con escasa formación.

siendo mayoritarias: más del 40 por ciento de los españoles así se definían en el barómetro de enero de 2018 del CIS.⁷ Por lo tanto, la mayoría de la sociedad española se ubica dentro de la categoría de obrero, especialmente cualificados.

Pero si indagamos en el nivel de formación de los españoles, vemos que un 22 por ciento poseen, como máximo, estudios de secundaria en la primera etapa de la ESO. La segunda categoría con mayor porcentaje es estudios de primaria, aunque ha pasado de un 22 por ciento en 2008 al 16,5 por ciento diez años después. Por lo tanto, en torno al 40 por ciento de los españoles tienen un nivel formativo medio-bajo. Es cierto que en los años de la crisis ha mejorado el grado formativo de los españoles, aunque la mayoría social sigue estando en niveles medios-bajos. El resto de la sociedad se reparte entre el bachillerato, la formación profesional de grado medio y de grado superior, las diplomaturas y las licenciaturas.

Una tercera variable que hay que considerar a la hora de definir al «hombre medio» sería los ingresos medios y medianos de los españoles, pero aquí surge una fuerte controversia. Gracias a la ayuda de expertos en esta materia,⁸ he consultado distintas fuentes de datos. Según el Instituto Nacional de Estadística (INE), el salario medio anual en España ha oscilado entre los 21.883 euros de 2008 y los 23.156 de 2016, último dato publicado. Pero si vamos a la Seguridad Social, vemos que en 2008

7. Fuente: Barómetro de enero de 2018 del CIS, estudio 3203.

8. Quisiera agradecer la ayuda de Gonzalo López Molina. José Saturnino Martínez y Olga Salido Cortés por su generosidad a la hora de suministrarme datos.

el salario medio anual era de 26.542 euros y en 2015 fue de 25.081 euros. Es decir, ligeramente por encima de lo que estima el INE. La razón de esta disparidad es el origen de los datos. Por ejemplo, el panel de la Seguridad Social utiliza a hombres y mujeres, entre dieciocho y sesenta y cinco años, pertenecientes a su Régimen General y del sector privado. Se excluyen actividades del sector primario, actividades extractivas o el sector público. También están excluidas las ciudades de menos de 40.000 habitantes, algo que para radiografiar al hombre medio es un problema, como veremos a continuación. Por ello, los datos del INE en la Encuesta de Estructura Salarial pueden ser más representativos. No obstante, en la sociedad también encontramos estudiantes, trabajadoras domésticas sin remuneración o pensionistas. El Centro de Investigaciones Sociológicas sí que pregunta al conjunto de la población. Entre 2014 y 2018 ha cuestionado a sus entrevistados sobre su nivel de ingresos mensuales dentro de unas horquillas. La respuesta más frecuente (la moda) ha sido entre 600 y 900 euros, excepto en 2018, cuando se ha situado entre 900 y 1.200 euros. El ingreso mensual mediano siempre ha sido entre 600 y 900 euros. Dada esta gran disparidad de cifras es difícil quedarse con una para ese retrato robot del ciudadano medio. Por ello, cuando me refiera a él, no voy a tener en cuenta los ingresos. Además, la formación o el estatus social no dejan de ser proxys de la posición en el mercado laboral de un ciudadano y, por lo tanto, de su nivel de ingresos.

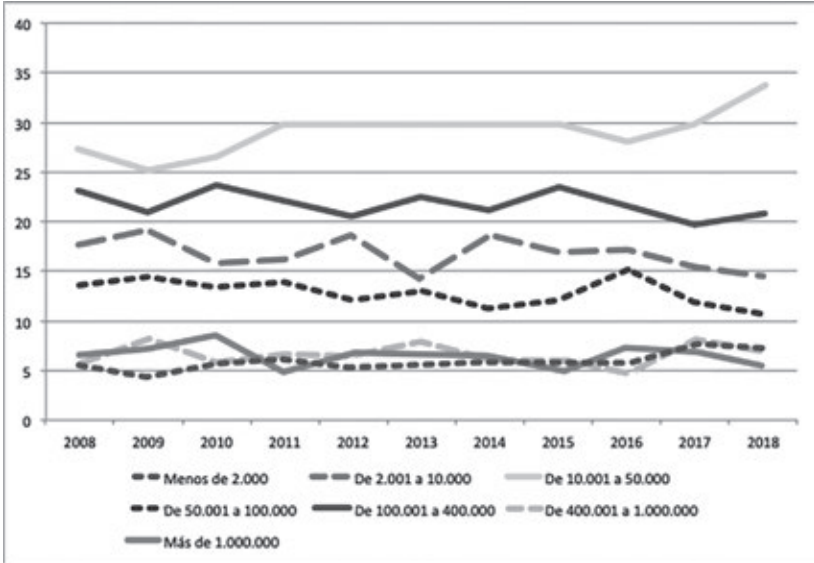
De estos tres rasgos, para poder hacer más operativo el análisis y contar con una mayor muestra, he decidido

quedarme como variable que va a definir al hombre medio su estatus social. Seguramente es el factor que mejor puede resumir cuestiones como el estilo de vida o las expectativas que uno puede tener sobre su proyecto vital. Además, el estatus social está altamente correlacionado con el nivel de ingresos o el nivel de estudios.⁹ Por lo tanto, estamos midiendo elementos muy similares. El estatus social, tal y como viene definido por el CIS, se refiere especialmente a la ocupación laboral. En las sociedades actuales, especialmente desde que el ser humano pasó de ser un simple recolector y cazador a ser un productor, el trabajo ha vertebrado la vida de las personas. Esto quizás se ha agudizado en el sistema de producción capitalista. Uno de los elementos que da sentido a nuestras vidas y las vertebra desde que nos levantamos por la mañana hasta que nos acostamos por la noche es nuestra ocupación laboral. Y esto es especialmente relevante en los obreros. Por ello, considerar el estatus como una forma de resumir la idea de hombre medio no es nada descabellado.

¿Dónde viven estos obreros cualificados? España tiene una distribución poblacional muy particular: el 15,8 por ciento de sus habitantes viven en el 53,1 por ciento del territorio (Molino, 2016: 39). Es lo que Sergio del Molino acuñó como España vacía. Eso significa que, en principio, la mayoría de la población vive en las grandes ciudades y, especialmente, en la zona de la costa. Esta distribución es bastante anómala si la comparamos con los países de nuestro entorno como Francia, Alemania, Italia o el Reino Uni-

9. La correlación entre estas variables siempre se sitúa en las encuestas del CIS en torno al 0,5.

Gráfico 3 **Distribución del hombre medio por tamaño de población**

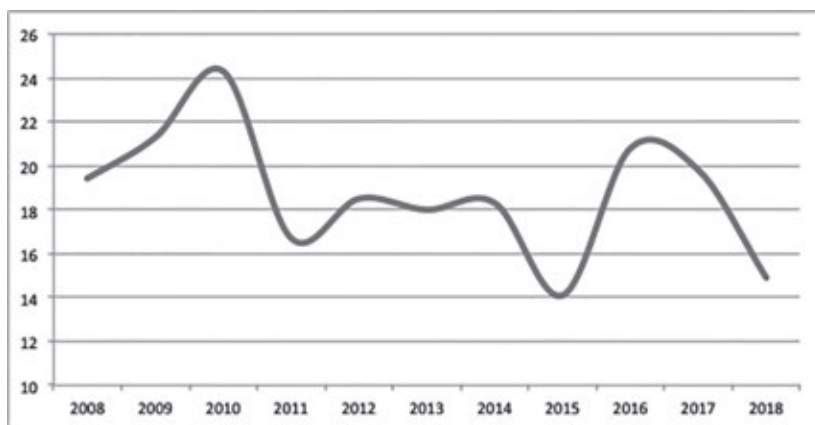


FUENTE: Barómetros de enero del Centro de Investigaciones Sociológicas entre 2008 y 2018.

do (Molino, 2016: 41). Si nos centramos en nuestro hombre medio (ver gráfico 3), observamos que mayoritariamente se encuentra en municipios de entre 10.000 y 50.000 habitantes, con una clara tendencia al alza, y en las ciudades con tamaños intermedios (entre 100.000 y 400.000).¹⁰ Por lo tanto, su presencia en las grandes ciudades es más modesta de lo que podría esperarse, aunque eso no significa que no haya porcentajes de «hombres medios» en lugares como Madrid o Barcelona, las únicas con más de 1 millón

10. Aquí encontraríamos a Las Palmas de Gran Canaria, Bilbao, Alicante, Córdoba, Valladolid, Vitoria, La Coruña, Granada, Oviedo, Pamplona, Almería, San Sebastián, Burgos, Albacete, Santander, etc. De las 50 capitales de provincia, 27 estarían aquí incluidas.

Gráfico 4 **Presencia del «hombre medio»
en las dos grandes ciudades**



Fuente: Barómetros de enero del CIS entre 2008 y 2018.

de habitantes en España. El gráfico 4 presenta cómo ha evolucionado el «hombre medio» en las dos grandes ciudades españolas. Vemos que desde el comienzo de la crisis hasta la actualidad ha reducido su presencia en los grandes núcleos urbanos en casi 5 puntos, pasando de casi el 20 por ciento a menos del 15 por ciento. Desde luego que es una percepción subjetiva, así que no es descartable que cada vez menos gente se identifique con esa categoría. Puesto que el periodo analizado es la década de la Gran Recesión, podríamos esperar que la categoría que más hubiese aumentado fuese la de obrero no cualificado, generándose una tendencia a la precariedad laboral en las grandes ciudades. Pero lo cierto es que las categorías de clase alta/media-alta y nuevas clases medias se han incrementado en casi 5 puntos. Por lo tanto, lo que ha aumentado su presencia durante estos diez años de crisis en las grandes ciudades son los estatus socioeconómicos más elevados.

Esto encajaría con una de las tesis que defiende David Lizoain (2017) en su libro *El fin del primer mundo*: dentro de las grandes crisis que nos acechan, una de las más graves es la urbanística. Las grandes ciudades, con el difícil acceso que se está produciendo a la vivienda, se hacen cada vez más inaccesibles para la gente de renta baja: obreros con cualificación media-baja, jóvenes, etc. Nace aquí el concepto de «ciudad vallada» (Avent, 2017: 217-226), que rescata la idea de guerra de clases para el urbanismo. Las grandes ciudades van a ser cada vez más un foco de creación de riqueza en la medida en que mucho del conocimiento se ha producido siempre ahí. El conocimiento, que va a ser fundamental en la economía digital, provocará cada vez mayores desplazamientos hacia las grandes urbes. Además, muchos de estos residentes van a ser de renta alta, por lo que el acceso a sus estilos de vida se irá trasladando a la gran ciudad, haciéndolo inaccesible para las rentas bajas. Las bolsas de marginalidad irán rodeando a las grandes ciudades, algo que se ha producido ya en otras ocasiones, sólo que en estos momentos será muy pronunciado. De ahí la idea de «valla» a la hora de delimitar los centros de las ciudades. De hecho, en Estados Unidos ya comienzan a observarse estos fenómenos y cada vez es más probable clasificar las ciudades según el nivel de renta de sus habitantes.

Los datos que acabamos de ver del hombre medio en España apuntan a esa tendencia: la gente corriente se concentra cada vez más en poblaciones de tamaño medio, mientras que su presencia en las dos grandes ciudades españolas se reduce.

El estado de ánimo del hombre medio

Una vez que ya sabemos quiénes son y dónde viven, llega el momento de saber algo más sobre su estado de ánimo. ¿Por qué? Las emociones y los sentimientos son fundamentales a la hora de definir a las personas y, cada vez más, tienen una mayor presencia a la hora de explicar sus comportamientos. Aunque una de las teorías dominantes en las ciencias sociales es la elección racional, como mecanismo explicativo siempre ha tenido la dificultad de incluir las emociones en sus explicaciones. Los trabajos de Jon Elster en esta materia son fundamentales si queremos entender cómo lo emocional puede también ser racional, reduciendo por ejemplo los costes de la incertidumbre a la hora de tomar una decisión. Por lo tanto, lo emocional importa incluso aunque asumamos que somos seres racionales.

En este libro queremos analizar el comportamiento político del hombre medio respecto de cuestiones como la socialdemocracia y la democracia. Si sus emociones nos importan, es porque quizás la mejor definición de política la ha repetido en sucesivas ocasiones alguien que es un referente político tanto en España como más allá de nuestras fronteras: Felipe González. Él siempre ha definido la política como la capacidad de «hacerse cargo del estado de ánimo de la gente». Los políticos y la política, por lo tanto, deben ser capaces de gestionar las emociones, las expectativas y los anhelos de la población. No es una gestión sencilla. Pero para hacer tal tarea, debemos llevar a cabo un diagnóstico de ese estado de ánimo.

Así, para poder entender muchas de las decisiones

que ha ido tomando el hombre medio y cómo ha ido reaccionando ante las diferentes incertidumbres que aparecen en el horizonte (principalmente, la globalización y el cambio tecnológico), necesitamos saber algo más sobre sus sentimientos.

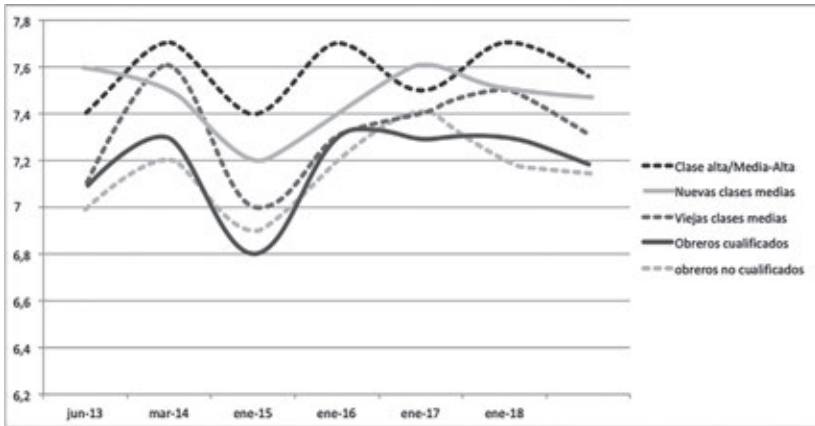
La primera pregunta que surge es: ¿es el hombre medio más pesimista e infeliz que el conjunto de la población? J. D. Vance, en su libro *Hillbilly, una elegía rural*, así presenta a los obreros industriales de Estado Unidos. Y este pesimismo no es baladí, puesto que es la emoción sobre la que se asientan algunas de las trayectorias vitales de los hombres blancos de clase trabajadora de Estados Unidos. Es decir, los sentimientos que tienen hacia sí influyen notablemente en sus expectativas de vida, en lo que esperan de sí mismos y de su destino. Por ello, una actitud pesimista e infeliz conducirá a proyectos vitales desesperanzadores. Los obreros industriales estadounidenses que describen Goad (2017), Hochschild (2018) o Vance (2018) son educados en la idea de que no tienen futuro. De hecho, sabemos por la literatura académica que esta actitud tiene importantes consecuencias en los proyectos vitales de la gente: los logros educativos de un niño dependen en parte de las expectativas en las que es educado, alcanzando como máximo el nivel educativo de la clase social a la que pertenece, y esto no es sólo una cuestión cultural, sino también racional (Breen y Goldthorpe, 1997; Breen, 2001). Así, las emociones y los sentimientos que albergan los obreros industriales estadounidenses les conducen a un estado de ánimo de frustración e insatisfacción consigo mismos o con el sistema.

El *Manifiesto Redneck* de Jim Goad (2017) destila es-

tas emociones. Se presenta al trabajador manual de Estados Unidos como alguien frustrado, con una trayectoria vital de decepción y desesperación. Así, con un pasado oscuro y un futuro incierto, los trabajadores industriales de Estados Unidos no parecen tener esperanza. Pero ¿qué sucede en el caso español con el «hombre medio»?

El Centro de Investigaciones Sociológicas viene preguntando a los españoles en los últimos años por su grado de felicidad. La escala es de 0 a 10, siendo 0 completamente infeliz y 10, completamente feliz. En los últimos cinco años, a pesar de la crisis, los españoles se han mostrado bastante felices, siempre con una media por encima del siete. No obstante, el estatus parece influir en el grado de felicidad (ver gráfico 5). Podemos observar que la primera posición de la felicidad se la disputa la clase alta/media-alta con las nuevas clases medias. En cambio, las últimas posiciones siempre las ocupan los obreros no cualificados y los cualificados. Por lo tanto, la gente corriente aparece dentro del grupo de españoles de menos felicidad.

Esta actitud ante la vida no es irrelevante. Como acabamos de señalar, las emociones influyen en nuestros comportamientos aunque asumamos que nos basamos en criterios de racionalidad. De hecho, será en las situaciones de incertidumbre donde nuestras emociones van a cobrar valor. Cuando nos enfrentamos a lo desconocido, sentimientos como el miedo, la ira o la felicidad nos harán tomar un camino u otro, y el hombre medio se encuentra ahora mismo en esa disyuntiva. El cambio tecnológico y la globalización son dos enormes incertidumbres que están condicionando sobremanera el mun-

Gráfico 5 **Felicidad personal según estatus**

FUENTE: Barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas entre 2013 y 2018.

do actual. Cuando hablemos de ello más adelante, será bueno recordar que su estado de ánimo dentro de la sociedad es de los de menor felicidad. Es decir, cuando más adelante analicemos cómo la gente corriente se enfrenta a los grandes desafíos que tenemos como sociedad, será conveniente recordar el gráfico 5: los datos indican que es el menos feliz entre los distintos grupos sociales.

La visión negativa del hombre medio

Pero además de ser menos felices, la percepción que existe de este hombre medio es más bien negativa. Contamos con una enorme evidencia empírica cualitativa que así lo demuestra. El libro de Owen Jones es un conjunto de relatos y anécdotas donde el obrero industrial del Reino Unido es constantemente presentado de forma degradante y ridícula. Cada una de las páginas de su famo-

so *Chavs* es un compendio de historias humanas donde el obrero industrial no sólo ocupa la parte más baja de la sociedad, sino que además el resto de la sociedad traslada una imagen de él degradante.

En España, lo más aproximado que se ha publicado a las historias de Jones es el libro de Julio Embid (2016) *Hijos del hormigón*. En los distintos capítulos se adentra en la periferia madrileña, que es donde vive nuestro hombre medio y muestra cómo los obreros cualificados y no cualificados tienen una menor esperanza de vida, peores resultados educativos o peores servicios sanitarios. Pero además de contar con unas condiciones de vida peores, la sociedad hace mofa de ellos y algunos se aprovechan de su desesperanza. Citaré dos ejemplos del libro de Embid. En primer lugar, muchas series de televisión españolas han popularizado a los habitantes de estos barrios presentándolos de forma cómica. Series como *Manos a la obra* o *Aída* son el arquetipo. Algunos de sus personajes podrían encajar dentro de la categoría de gente corriente y son objeto de risa y mofa constante. Nada que ver con las series de televisión donde sus protagonistas son de clase media-alta y donde el hilo conductor ya no es la comedia, sino el drama o la tragedia. Dos ejemplos de este último tipo de ficción podrían ser *Crematorio* o *Todo por el juego*, donde sus protagonistas viven en grandes mansiones y el relato se fundamenta en la corrupción y el poder. Incluso en la ficción el hombre medio aparece muy alejado de la élite.

En segundo lugar, en los barrios más humildes de las grandes ciudades donde habita este hombre medio, la economía de la miseria tiene una mayor presencia. ¿Qué

economía es ésta? Las casas de apuestas y loterías o las tiendas de empeño son dos ejemplos de negocio que se fundamentan en la desesperanza de los que menos tienen. La evidencia empírica que muestra Embid (2016: 50) pone de relieve que en las calles de más renta de Madrid no existen negocios de la economía de la miseria. En cambio, las principales calles de Vallecas o Usera están llenas de este modelo de negocio.

En definitiva, tanto Jones como Embid coinciden en presentar la siguiente realidad: las sociedades construyen imágenes negativas de los trabajadores. A pesar de representar un porcentaje relevante de la sociedad, el mayoritario entre las diferentes categorías, su imagen social es más bien dañina. La cultura popular les ridiculiza y el género que más se utiliza con ellos es la comedia. Además, aprovechándose de su desesperanza e infelicidad, emerge un modelo de negocio que se aprovecha de su estado de ánimo.

Pero no sólo eso, autores que pretenden ser mucho más académicos y rigurosos también han contribuido a esta imagen negativa del «hombre medio». Jason Brennan es un profesor de la Universidad de Georgetown que acaba de publicar un libro que está teniendo una notable influencia: *Contra la democracia*. Hace unos meses concedió una entrevista al medio digital *El Confidencial* con el objetivo de promocionar su ensayo y el titular de la entrevista era el siguiente: «El votante medio no está cualificado para elegir bien».¹¹ El argumento principal

11. Entrevista a Jason Brennan en *El Confidencial* (13-6-2018), <https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2018-06-13/jason-brennan-contra-democracia-votante_1577857/>.

de su libro es que este hombre medio, dada su escasa formación y conocimiento y su poco interés por la política, no estaría preparado para participar de forma plena en la democracia. Frente a este hombre medio aparecería una minoría de gente muy cualificada y racional que sí que estaría preparada para participar de la toma de decisiones conjunta. Su alternativa a la democracia es la «epistocracia», el gobierno de los expertos. Por lo tanto, Brennan da un salto más allá y comienza a cuestionar la participación del hombre medio, de la gente corriente, en las democracias. Lo cierto es que su argumento es muy débil, como veremos más adelante. Pero adelantándome a algunos de los argumentos de las siguientes páginas, lo que parece olvidar Brennan es que la democracia no va de conocimientos, sino de intereses. Es decir, lo que se dilucida en una votación no es quién sabe más, sino cómo se representa el conjunto de los intereses de una sociedad en las instituciones. Esta representación permite que se resuelvan los posibles conflictos dentro de la sociedad de forma pacífica. En ocasiones, la toma de decisiones se basará en la regla de la mayoría. En otras serán necesarias medidas consensuales. Pero apartar al hombre medio del proceso de toma de decisiones y de la representación no es sólo ahondar en esa visión negativa de la gente corriente, sino que es confundir el verdadero objetivo de la democracia. Los sistemas políticos democráticos no dilucidan quién es el más sabio, sino quién representa mejor los intereses de la mayoría.

En definitiva, la imagen social que se ha construido de la gente corriente tampoco invita al optimismo. Tanto la cultura popular (series de televisión) como inclu-

so ensayos que pasan por sesudos trabajos académicos muestran una imagen muy negativa del hombre medio. Dicen que reírse de uno mismo es señal de inteligencia, pero reírse de los demás está muy alejado de un comportamiento inteligente. De hecho, quizás por ello no hemos sido capaces de ver lo relevante que es la gente corriente a la hora de analizar los cambios sociales y políticos. Hemos puesto demasiado el foco en la vanguardia, ridiculizando a veces a la masa. Pero sin los hombres medios, esos que levantan las persianas de las tiendas y madrugan cada mañana para trabajar, no podemos entender por qué el mundo es como es y no es de otra forma.

Conclusiones

En este capítulo hemos definido quién es este «hombre medio» y por qué es relevante dedicarle un libro. Hemos ahondado en sus rasgos más definitorios (nivel educativo, estatus social, dónde viven, sentimientos e imagen social). Esta descripción nos es útil para entender muchos de los argumentos que veremos en los capítulos que vienen a continuación. La gente normal, como acabamos de señalar, es menos feliz que los demás y se presenta en muchas ocasiones al resto de la población a través de los medios de comunicación de masas de forma ridícula.

De todo lo mostrado, debemos quedarnos con la categoría que lo define: obrero cualificado. En las siguientes páginas, utilizando diferentes estadísticas, iremos viendo cómo estos trabajadores se enfrentan a la globalización y al cambio tecnológico, dos de los mayores desafíos

de nuestras sociedades. El grado de incertidumbre que tienen sobre ellos va a influir en su idea de democracia y en la evolución que ha sufrido la socialdemocracia en los últimos tiempos. Por lo tanto, a pesar de esta construcción social, vamos a ver que la gente normal está muy presente en muchos de los cambios políticos y sociales más relevantes de nuestro tiempo. Pero para entender todo lo que vamos a analizar a continuación, es necesario recordar algunas de las ideas fuerza que hemos visto en estas primeras páginas. Este capítulo introductorio ha sido eso: un primer paso para entender todo lo que va a venir a continuación.